

---

Francisco Anselmo Baldarena



**Boca Maldita**

textos.info

biblioteca digital abierta

---

# **Boca Maldita**

Francisco A. Baldarena

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 6966**

---

**Título:** Boca Maldita

**Autor:** Francisco A. Baldarena

**Etiquetas:** cuento

---

**Editor:** Francisco A. Baldarena

**Fecha de creación:** 11 de octubre de 2021

**Fecha de modificación:** 29 de mayo de 2023

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Boca Maldita

Tulio, de visita a Nico, al que no veía en meses, al rato de haber llegado, vio, en el patio, a una gallina de guinea, picoteando plácidamente.

—¿Y eso? —preguntó, señalando la gallina.

—Es mi nueva mascota, una gallina de guinea.

—Al spiedo debe ser riquísima —bromeó, como estúpidamente acostumbraba a bromear.

Los amigos rieron, y siguieron hablando de otras cosas.

A poco.

De súbito, Nico dejó caer algo que tenía en las manos y salió corriendo al patio.

Allá, sus ojos convergieron en el punto donde estaba la gallina tendida; aparentemente muerta, porque estaba caída de lado.

Efectivamente, la gallina había muerto.

—Pero, qué boca maldita, la tuya —dijo Nico, sin saber por qué le atribuía a Tulio la muerte de la gallina, dándole un poder que sabía que no poseía, ni ese ni ningún otro—. Yo, en tu lugar —prosiguió—, pedía un deseo.

Incluso sabiendo mejor que nadie que no tenía el poder de matar con la palabra que su amigo le adjudicaba, Tulio preguntó:

—¿Un deseo, pero a quién?

—A nadie. Pedir un deseo, nada más.

—¡Andá! Ha sido pura casualidad. La gallina se tenía que morir ahora. Fue cosa del destino.

—En serio te digo, Tulio. Dale, pedí algo, pero algo bueno, que valga la pena.

—Está bien, lo intentaré, pero te repito que fue solo una casualidad.

Tulio se quedó pensando en algo, y Nico, como en modo de espera de un robot, en nada.

—¿Puede ser cualquier cosa, Nico?

—Sí, lo que se te ocurra, Tulio.

—¿Estás seguro, que puede ser cualquier cosa?

—Que sí, cualquier cosa.

Tulio cerró los ojos y empezó a imaginar.

—Estoy esperando, dale —dijo, impacientemente Nico, pasado casi un minuto, considerando que ese tiempo era suficiente para tener una respuesta.

—Ok, ya está —dijo Tulio, que en realidad ya sabía qué iba a pedir, apenas Nico le confirmó que sí, que podía pedir cualquier cosa—: deseo que tu hermana se enamore de mí.

Nico, hizo un gesto como que se atragantaba.

Me dijiste, que cualquier cosa —aclaró enseguida Tulio, levantando los dedos índices.

—Se supone que cualquier cosa posible, o alcanzable, Tulio; pero Marisa, ¿enamorado de vos?, ni loca. Olvidate —dijo Nico, y después, bajando la voz y mirando para todos lados y por último para la ventana de la pieza de la hermana, en el primer piso, confidenció:

—Acá en casa, estamos más que seguros que le gustan las mujeres.

Al oír aquel tremendo bombazo, el cuerpo de Tulio se puso caliente; fuera las gotitas de sudor que le brotaron instantáneamente en la frente y sobre el labio superior, y las orejas que deberían estar rojísimas, dado la intensidad de cómo quemaban, no dejó transparecer su conmoción

interior. En cambio, dijo, como sorprendido:

—¡Nooo, no puede ser!

—Pero es, mi amigo.

Todavía daba de hombros, Nico, cuando Marisa se asomó por la ventana de su habitación.

—¿Pero quién es...tá a...hí? —dijo Marisa, con voz entrecortada, al tiempo que dos estelas glásilmente ondulantes de corazoncitos rojos salían de sus ojos, que no eran más los mismos que hace poco, sino otros, unos ojos maravillados como los ojos que ven lo bello por primera vez, y ganaban las alturas. Marisa, que, además, tenía la boca abierta, miraba la estela de corazoncitos rojos, ondulante y coleteando con gracia, irse, y pensaba, o más bien, retumbaba en su cabeza el nombre de Tulio. El embobamiento le duró poco, entonces, con voz melodiosa, dijo:

—Hola Tulio, ya bajo. Y abandonó la ventana de prisa.

Ninguno de los dos amigos lo podía creer.

«Primero fue la muerte de la gallina; ahora, el repentino enamoramiento a primera vista de Marisa», pensaba Nico.

Tulio, solo pensaba en Marisa.

—Aprovechá, boludo, y seguí pidiendo —lo apuró Nico.

—Sí, sí, pero déjame pensar —dijo Tulio, temblando de emoción ante la posibilidad —remota posibilidad que, sin embargo, él creía ahí nomás, al alcance de la mano—, de tener el mundo postrado a sus pies.

—Está bien, y mientras yo voy a la cocina a calentar agua para pelar la gallina y prendo el horno, vos pensá en algo bueno. No, mejor pensá en algo grande.

Nico entró en la casa con la gallina colgando de una mano que la agarraba de una pata, y Tulio se quedó pensando. ¿Pero qué podría pedir, que no fuese dinero? ¿Amor? No, Marisa ya estaba muertita por él. ¿Qué entonces? Nada, riqueza, mucha riqueza, ¿qué más?; después se encargaría de comprar lo que se le ocurriera. De tan bobamente

enamorado que estaba, Tulio no pensó en ningún momento en pedir salud. Cosas del amor.

—¡Quiero... deseo ser rico, muy rico! —dijo en voz alta, como para que lo que fuere que concedía los deseos, dios, el diablo o alguna entidad desconocida para él, no se equivocara.

Al rato, aparecieron Nico y Marisa. En el patio estaban las flores en macetas hechas con los más variados objetos: ollas con las asas quebradas, latas de durazno pintadas sin mucho esmero, dos medias cubiertas de caucho de auto, dos pavas, una de aluminio, la otra, enlosada y totalmente roja; la mesa de cemento redonda decorada con pedacitos de cerámicas de muchos colores, pero en cuanto al diseño, poco creativo, y los cuatro bancos haciendo juego; los árboles de durazno, de ciruela y el de granada; el tanque australiano que hacía perfectamente de piscina; la pared de la casa de al lado; la cucha de la fallecida Laica y que nunca más fue ocupada por ningún otro perro y ahora se venía abajo sin remedio. Lo de siempre había en el patio, menos Tulio, que parecía haberse esfumado.

Mientras los hermanos se preguntaban «¿Y Tulio?» y «¿Adónde se metió, ese?», la voz de Tulio, desde algún lugar, dijo:

—¡Acá estoy!

Los hermanos se miraron, incrédulos, y siguieron mirando para todos lados.

—Acá, sobre la mesa —dijo, ahora y siendo más objetiva, la voz de Tulio.

Los hermanos no habían advertido una vistosa y tentadora torta de chocolate, crema chantillí y frutillas, sobre la mesa del jardín. Cautelosos, se acercaron muy despacio a la mesa.

—¿Sos vos, Tulio? —preguntó Marisa; y tras ella, Nico:

—¿Pero qué pediste, Tulio?

—Pedí ser rico, muy rico —respondió Tulio, o también, aunque alguien refute que tortas simplemente no pueden hablar porque no son seres vivos, se podría decir que quién respondía, a esa altura del partido, era la torta.

Con el índice de la mano derecha estirado apuntando hacia la torta, o mejor dicho, a Tulio transformado en torta—, ella dijo:

—A ver, a ver; quiero ver cómo quedó... Marisa se interrumpió, no sabía si decir «cómo quedó la torta», o «cómo quedó Tulio»; le dio igual la una que el otro y no dijo nada. Y el dedo de Marisa avanzó hacia la torta-Tulio.

Y cuando el dedo de Marisa empezó a dejar en la lateral de la torta-Tulio un surco grueso en la crema chantillí, la torta-Tulio dijo:

—¡Ay!

Boca Maldita by Francisco A. Baldarena is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License.



